



vel con calidad de vida), de cambiar el modelo productivo y las pautas de consumo. A través del consumo podemos ejercer un sentido de ciudadanía universal, responsable y solidario.

Nuestra Iglesia nace misionera y nace de la esperanza ya que surge del Resucitado. La misión tiene por compañera inseparable a la esperanza y está profundamente ligada a la originalidad del cristianismo, a la fe en un Dios encarnado en nuestra condición humana, en nuestro caminar en pos de la plenitud persiguiendo horizontes siempre nuevos sin alcanzarlos: “una nueva tierra y unos cielos nuevos en donde habite la justicia...”. Dios, gracias a la encarnación de Jesús, está presente de manera singular, nueva y asombrosa en todo lo humano. La esperanza es un acto de fe en el futuro y una necesidad para afrontar el presente.

Nuestras comunidades tienen mucho que ofrecer, siempre y cuando estén fundadas en valores y preocupaciones evangélicas, en el propio testimonio comunitario, en la fe en el Espíritu dado a todos y no sólo a ciertos celosos guardianes de



la ortodoxia. Que la indiferencia o la hostilidad ambiental no nos haga encerrarnos sobre nosotros asustados o resignados. El concilio Vaticano II nos invita a vivir a la escucha de la realidad, a discernir los signos de los tiempos, con espíritu y actitud dialogantes, sin atrincheramientos ni cerrazones, tampoco con ingenuidad siguiendo una adaptación cómoda o superficial que nos llevaría a la pérdida de nuestra identidad. También las comunidades cristianas pueden crear futuro, esperanza y cultura. “Sólo sabremos lo que podemos hacer a condición de saber quienes somos” (E. Drewermann)

Alternativas

El evangelio es un camino de auténtica humanización. Los valores evangélicos en los que creemos son los valores de ese proyecto colectivo que llamamos Reino, valores sin fronteras, profundamente humanos, que forman parte de nuestras aspiraciones más hondas y configuran un determinado estilo de vida conforme al de Jesús. Nuestra fe-esperanza posee una enorme fuerza de humanización, nos humaniza al estilo de Jesús y podemos humanizar nuestra sociedad, y muchas comunidades lo están haciendo, al compartir de manera concreta sufrimientos, luchas y esperanzas de tantos hermanos.

Los principios, valores y criterios orientadores de nuestra vida tendrían que venirnos del evangelio y no de la cultura dominante, entonces seremos libres. Libres frente a un determinado ambiente socio-cultural que insiste en el tener (riquezas, prestigio, éxito, imagen, posición social, seguridad), que inculca la competitividad-rivalidad, el “todo vale” o el individualismo más exacerbado, y hace difícil la vivencia de ciertos valores. La comunidad cristiana está llamada a actuar de forma alternativa, insistiendo y viviendo otros valores: el servicio generoso, la ayuda amistosa y desinteresada, el sentido gratuito de la vida, la honradez y la justicia, la compasión, la

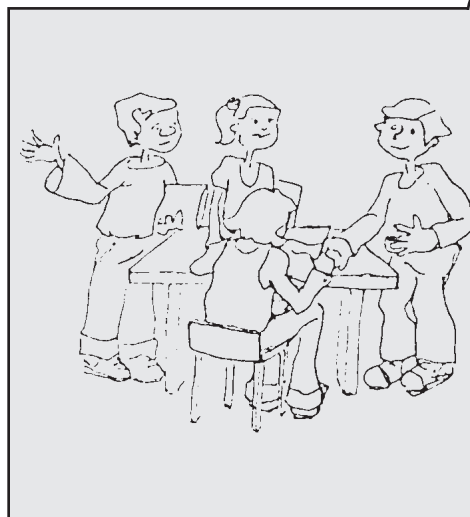


escucha y el acompañamiento de quien sufre, la acogida-hospitalidad, el silencio y la adoración.

La Resurrección de Jesucristo está ya actuando en el secreto de tantos corazones y en lo profundo de la historia. Por eso seguimos de pie desafiando las inclemencias o la oscuridad de nuestra actualidad e historia cotidiana. De pie porque creemos en Dios, que es tanto como decir en el triunfo final de la justicia y la bondad. Y nuestra esperanza no es vana, estéril. En lo íntimo de nosotros hay un secreto, una fuerza escondida, una certeza oculta. Es una fe tenaz, “testadura”, porque tenaz es el amor que Dios nos tiene. Aunque con frecuencia es más “testarudo” su amor que nuestra fe. Los tiempos cambian, Dios no cambia de sentimientos y de actitudes, nos sigue queriendo porque su amor es incansable e irrevocable. Y podemos sentir en todo momento su abrazo, un abrazo paciente y esperanzado en nuestra flojera o mediocridad, abrazo gozoso en nuestra tristeza, fuerte en nuestra fragilidad, cálido en nuestra tibieza. ¿Qué rostro de Dios hacen visibles nuestras comunidades? ■

P. Carlos Collantes s.x.

“La misión en nuestras vidas”



- 1** Filipenses 1, 9-11 y 4, 8-9. Efesios 1, 17-19. Conocer a Jesús, seguirle de corazón nos hace más humanos, más libres, en él aprendemos que la verdadera libertad nace del amor auténtico.
- 2** Marcos 6, 34-44. El conocimiento del corazón compasivo de Jesús multiplica nuestros pequeños recursos humanos y puede hacernos más creativos y solidarios.
- 3** Mateo 25, 14-30. Lo real no es sólo lo inmediato. Talentos, valores, recursos adormecidos pueden ser reales y transformar nuestra sociedad, transformarnos a nosotros.